

PA3952

D4

BI



FONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156336

## DEMOSTENES Y ESQUINES.

No tan sólo labra el hombre la materia y la trasforma, sinó que tambien tiene maravilloso poder sobre su espíritu. Los asombros de la elaboracion de la materia, el tronco del árbol convertido en nave, el metal trasformado en mecanismo de relojería, las metamorfosis todas de la industria y del arte, desde el copo de algodón que llega á ser tela, hasta el trozo de mármol del que surge la estatua, no son comparables con las transfiguraciones que tienen lugar exclusivamente en el alma humana. ; Cuánto no cambia á individuos y pueblos la educacion y la escuela ! Del leñador perdido en el bosque, hacen un gran presidente de la República americana; el báltavo, el breton, el germano y el galo, bárbaros que destruyen la civilizacion, forman más tarde, bajo el influjo de aquellas fuerzas, cultísimas nacionalidades.

Pero donde resplandece y se aquilata esa potencia sin igual del alma para obrar sobre sí misma y sobre el cuerpo, es en el grupo, no muy numeroso, de grandes hombres, á quienes la naturaleza y la sociedad parecian

haber condenado para siempre á la medianía, cuando nó á la nulidad.

Ved á Demóstenes. Jamás la tribuna ha sustentado estatua de orador como la suya. Jamás la naturaleza opuso á la vocacion más trabas y obstáculos. Anda y es desgarbado, acciona y es frio y encogido, alza la voz y no se le oye, va á conmover y provoca la risa, va á irritar los ánimos y le acoge la indiferencia, habla y tartamudea; un cómico le dá lecciones de oratoria, un maril nero del Pireo se hace aplaudir en la misma tribuna en que él acaba de ser silbado, Es vencido por los oradores más vulgares, desdeñado por el inmenso auditorio de la Agora; de las facultades del tribuno sólo tiene una : la ambicion, poca cosa por sí sola. Hasta los esclavos se burlan de aque-aprendiz. Las comadres atenienses le hacen objeto de chacota. Aquel pueblo tan artista, tan espiritual, encuentra pesado, incoloro, pedante, sin vigor ni gracia, al que debía ser el primero de sus oradores. Tenia, no obstante, una cualidad superior, una fuerza indomable; la constancia.

Y la constancia le dió la victoria. Entregóse Demóstenes á estudios y ejercicios de todos conocidos, y un dia el pueblo ateniense pudo oir por vez primera la voz de la elocuencia misma. Reapareció en la tribuna con facultades que ántes no poseia. Tronó su voz, habituada á luchar con el Océano, sobre el rumor de las multitudes. Irguióse

en la tribuna como en un pedestal. Aterró á sus enemigos, asombró á sus conciudadanos. Fué perfecto, ideal, artista, modelo. Toda la elocuencia antigua está en Demóstenes, como toda la poesia antigua está en Homero.

No obstante, esta transformacion no fué tan sólo obra del arte. Al subir de nuevo Demóstenes á la tribuna, no subia apoyado únicamente en el conocimiento perfecto del arte del orador; no le habria bastado esto para triunfar, á no abrigar un sentimiento: el amor á Atenas, y una idea: el ódio á Filipo. Sin esto hubiera sido un retórico más en la patria de los retóricos. Y es que los grandes hombres no se mneven como el comun de las gentes, á impulsos de los vientos de la fortuna, sin otro lastre que el de la ambicion y el interés; han menester, además de sus talentos y de su propio valor, el punto de apoyo de un sentimiento ardentísimo y de una idea fija. Son estas las alas que llevan á las cimas desde donde se dictan leyes á los pueblos y se rige la marcha del género humano. Ideas y sentimientos: la idea que es el verbo, el sentimiento que es la accion; sin estas ruedas en vano intentaremos mover el carro de los sucesos.

De un lado Atenas, debilitada por largas prosperidades, rebosando riquezas, molicie y vicios, perdida la fuerza homogénea que triunfó en los llanos de Maraton, y dividida en bandos encaminados á la ruina de la pa-

tria; de otro lado Filipo, soberano de un reino pequeño, naciente, pero ya poderoso, feliz en los primeros combates, dominando sobre un pueblo sóbrio, guerrero y emprendedor, deseoso de ensenchar sus fronteras y de sentarse al caliente hogar de la cultísima Grecia. Levantar de su postracion á Atenas, contener y rechazar á Filipo, tales fueron los propósitos del gran orador.

Pero estaban contadas las horas de la cultura griega. El siglo de Pericles lanzaba sus postreros resplandores. En aquel crepúsculo precursor de la noche, ajigantábanse las sombras de los hombres y de los sucesos.

A la luz de aquel sol casi apagado, Aristóteles escribía apresuradamente el inventario de todas las riquezas acumuladas de aquella sociedad en liquidacion. Era tiempo. La decadencia avanzaba rápidamente. Los macedonios y los romanos se atropellaban ya por acercarse á la sombra del Partenon. Y lo que Aristóteles hacia con la ciencia, Demóstenes lo realizaba con la política griega. El la resumía espléndidamente. Elocuente como Pericles, prudente como Temístocles, probo como Aristides, faltóle tan sólo para ser el último y el mejor de los griegos, el valor de Leonidas. Y áun así, si no supo manejar el hierro en los campos de batalla, supo esgrimir su inmortal elocuencia contra todos los enemigos de su patria.

¡Y qué patria la de Demóstenes! Atenas

es la ciudad madre del mundo antiguo. En vano cierta escuela, poco conocedora de la historia é inñuida por ódios políticos, malos consejeros siempre, ha denigrado á la gran ciudad griega por su democracia, no obstante tributarle adoracion por su ciencia, sus letras y sus artes, sin notar que justamente las creaciones sublimes de la sabiduría y de la inspiracion ateniense, eran consecuencia precisa de su República democrática.

¿De qué, pues, se acusa á la democracia ateniense? ¿De que estaba dividida en parcialidades hostiles? Otro tanto sucedia en los demás Estados griegos, incluso los sometidos al poder de las aristocracias, de los tiranos y de los reyes. ¿Se le acusará de inconstancia é injusticia con algunos de sus grandes hombres? Muchas veces éstos dieron justo motivo al rencor de los demócratas atenienses; ni tampoco fué nunca la gratitud cualidad de reyes ni de aristócratas; apelamos á la historia. ¿Se les echará en cara la corrupcion de las costumbres? La cultura material de los pueblos conduce siempre á ese resultado en compensacion de otras ventajas. ¿Es que por acaso los imperios orientales eran focos de moralidad? ¿Lo eran la bárbara Esparta y la rústica Tébas?

Las culpas de Atenas, agravadas por las culpas y la complicidad de todos los Estados griegos, produjeron al cabo el fin de la cultura helénica; mas si en el pecado comarte la responsabilidad y en el castigo la

cadena con las demás ciudades griegas, en la gloria, en el patriotismo, en la política, en las ciencias, en las letras, en las artes, nadie le disputa en la Hállade la supremacía, y el mundo entero la aclama como la maravillosa ciudad de donde brotan las fuentes de la universal cultura de la especie humana. Sin Atenas, téngase presente, la antigua civilización no habría surgido. Ninguna otra ciudad helena se distinguió nunca á no ser por efimeros triunfos guerreros. Sin Atenas no se habría levantado Alejandría, ni civilizado Roma. Esa pequeña ciudad de la Atica fué el nido de todas las ideas humanitarias y progresivas. Macedonios y romanos la conquistaron para someterse humildemente á su conquista. Cuando ya las fuerzas políticas y militares abandonaron á Atenas, cuando ya anciana y decadente no pudo sojuzgar á las naciones con su espada, sentóse al hogar de los pueblos jóvenes y les dominó con las magnificencias de su lengua y las lecciones de su sabiduría. Puede asegurarse que el imperio de Atenas, comenzado seis siglos ántes de Jesucristo con la caída de los reyes, sábiamente organizado por Solon, enaltecido por el patriotismo en las guerras contra los déspotas asiáticos, glorificado por el siglo de Pericles continuado por la cultura romana y alejandrina, resucitado y extendido á toda la tierra por el Renacimiento, subsiste hoy, avasalla á los dueños modernos dándoles las raíces de

sus idiomas, los principios de su filosofía, los ideales de su arte, las leyes de sus Códigos, los modelos de su literatura, y hasta la tecnología de sus ciencias y de sus industrias.

¿Qué pueblo ha dominado á la especie humana de una manera tan absoluta y tan completa como el democrático pueblo de Atenas? Los hebreos comunican al mundo la noción religiosa, los romanos el derecho, los germanos el concepto de la libertad; cada una de esas razas refleja un aspecto y una fase de la cultura humana; pero Atenas las refleja todas y á todas informa con la superioridad de su espíritu progresivo.

Tal era el pueblo que con sólo el poder de su elocuencia dominó Demóstenes durante largos años: someter una ciudad semejante es como someter al mundo. Con la espada, y al frente de innumerables legiones, ni Alejandro, ni César lograron nunca la conquista gigantesca, realizada por el tribuno griego sin otra arma que la palabra. Con la palabra se hizo adorar por el pueblo; con la palabra inspiró generosas resoluciones á los griegos; con la palabra contrastó más de una vez la fortuna del Macedonio; á la palabra debió su gloria y la inmortalidad. Los imperios macedonios apenas sobrevivieron á su fundador; los discursos demosténicos se conservan imperecederos.

Y nótese que esos macedonios vencedores, á quienes se ha concedido superioridad ima-

ginaria sobre Atenas, no lograron poder ni influencia histórica sino bajo el mando de dos grandes hombres : Filipo y Alejandro; muerto éste, su imperio se disolvió; en tanto Atenas sobrevivía, aunque abatida y desangrada, y dictaba aún al mundo las leyes eternas del buen gusto, de la filosofía y de la ciencia.

Y de tal manera era poderoso el espíritu encerrado en el espacio comprendido entre el Partenon y el Pireo, que aún antes de que, apoderándose de Roma, dominase al mundo, ya esparcía por las islas del Archipiélago y por las costas del Asia Menor hermosísimas ciudades que reflejaron su cultura, que hablaron su armoniosa lengua y adoraron á sus dioses. Las colonias jónicas, hijas de Atenas, fueron las más cultas, las más poderosas y florecientes. Atenas no convertía á los pueblos sometidos en súbditos, sino en aliados útiles á su política y á sus armas, pero cuya autonomía era escrupulosamente respetada; y en cambio del reconocimiento de su soberanía, comunicábales su cultura y con ella el amor á lá gran familia griega. Atenas, casi sola, trabajó constantemente por la unidad de la Grecia, sin perjuicio de la interior independencia de todas sus partes. De haberse realizado su pensamiento, otra habria sido quizá la suerte del género humano, aleccionado durante su larga y pueril infancia por tan sábia maestra. Sólo Atenas era capaz de ponerse

á la cabeza de ese movimiento. Esparta, su competidora, á quien algunos consideran superior á Atenas, jamás produjo un filósofo, ni un poeta, ni una estatua, ni siquiera un defensor de la patria griega, salvo Leonidas, más bien héroe que general. Esparta entregó el Asia griega á los persas, y constantemente trabajó como en obra meritoria para apresurar la decadencia de la gloriosa democracia ateniense. Esparta era un campamento; Atenas una ciudad humana. Una vez caída Atenas, la Grecia, falta de la clave que la sostenía, se desplomó toda entera, dando paso á través de sus ruinas á las invasiones de los bárbaros. La Liga Aquea, patriótica defensora de los últimos días de la independencia griega, no contó nunca con el apoyo de Esparta; esta ciudad monárquica combatió rudamente aquella Liga; los romanos, llamados por Esparta en contra de ella, concluyeron de una vez con la independencia de los Estados griegos, pero no con la gloria de Atenas.

Fué Demóstenes la voz de Atenas resonando en toda lá Grecia, concitándola á rechazar al tirano extraniero, Ninguna de sus profecías dejó de realizarse. Habló con ingénua rudeza á sus conciudadanos. Jamás halagó las pasiones de la plebe, ni sus desenfrenos é imprevision. Amigo ardentísimo del pueblo ateniense y de sus instituciones democráticas, enemigo implacable de los demagogos, supo desenmascararlos, así como

á los tribunos vendidos al oro de Filipo. Objeto de graves acusaciones de soborno y de desfalco, la Historia no ha podido comprobar los hechos, ni arrojar sobre su vida inmaculada la sombra de una sospecha. Su muerte misma fué un tributo á su patria : murió voluntariamente con ella, tomando el veneno en el momento en que los soldados extranjeros iban á aprisionarlo.

Tuvo Demóstenes ocasion de ver muertos á los dos enemigos de su patria. Sobrevivió á las conquistas de Alejandro, y en sus últimos momentos quizá pensó en la fugacidad de las obras de los tiranos que con ellos terminan, en tanto que las creaciones de los pueblos y de la libertad son eternas, y muerto su creador pasan á otro raza como herencia y mayorazgo imperecedero.

Comparando á Esquines, el segundo orador de Atenas, con Demóstenes, notase cuánto influye en la vida política la integridad de la conciencia y la pureza de los móviles. La elocuencia de Esquines no era menor que la de Demóstenes; en la facilidad, en la fluidez, en la elegancia retórica, Esquines superaba á Demóstenes. Durante catorce años fueron rivales, y hasta la contestacion de Demóstenes en el debate de la Corona, la victoria no se decidió por éste. Ambos oradores admí-

rables, ámbos dueños de la palabra, ámbos jefes de parcialidades poderosas, la victoria estuvo indecisa, y si se inclinó del lado de Demóstenes, no fué tan sólo por la elocuencia de su palabra, sino por los antecedentes del gran patriota.

En tanto, Esquines, hijo de padres humildes, ejerce profesiones entónces tenidas por bajas, la de atleta, la de cómico; Demóstenes goza desde su juventud las ventajas del nacimiento y de la fortuna. Más tarde Esquines, en vez de rehabilitar su pasado con acciones y pensamientos nobles, á los cuarenta años llega á la vida política y la comienza por donde otras la terminan : por servir á los enemigos de su patria y de la democracia ateniense, Representante de Atenas en la corte de Filipo, véndese al oro macedonio, conviértose en agente secreto de las ambiciones del rey y contribuye á la ruina de la Fócida, primer paso para la conquista de Grecia. En tanto Demostenes lucha por la democracia, Esquines, aristócrata y partidario del rey extranjero, opónese á todos los proyectos patrióticos de aquel gran orador.

El ódio entre ambos oradores se sacia al fin en el ruidoso y largo proceso de la Corona. Vencido Esquines retírase á Efeso, no obstante que su generoso enemigo le ofrece parte de su fortuna. Muerto Alejandro el Grande y privado de su proteccion, Esquines abre una escuela de elocuencia

en Rodas, en la cual lee las dos famosas *Arengas*. Una vez leída la suya, exclaman sus discípulos : — « ¡Cómo ! ¿Has podido subcumbir con tan grande discurso? » — « Esperad, » dice Esquines ; y declama la defensa de Demóstenes. El entusiasmo de su auditorio redobla. — « ¿Qué sería, dice Esquines, si hubiérais escuchado al leon mismo? »

Quizá Esquines pensaba que aquella voz del leon ateniense era la voz de la integridad y del patriotismo.

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

## DISCURSOS DE LA CORONA.

### ANTECEDENTES.

Había sido vencida Atenas por los macedonios. Entre los partidos militantes entónces en la ciudad griega habia dos principales : uno, al que dirigia Demóstenes, enemigo de Filipo, contra el cual habia pronunciado sus célebres filípicas; otro, partidario del rey macedonio, y cuyo jefe y orador era Esquines. Este atacó vivamente un decreto en virtud del cual los atenienses premiaban los patrióticos servicios de Demóstenes con una corona.

Una ley de Atenas prohibia proponer al pueblo la concession de coronas á todo ciudadano que no hubiese rendido cuentas de cualquier cargo que hubiese desempeñado. Otra ley establecia, dice Ciceron, que se debian dar en la Asamblea general las coronas decretadas por el Senado. Demóstenes, encargado de reparar los muros de Atenas, habia hecho las obras á su coste. Antes de presentar las cuentas propuso Ctesifonte,